

—¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?  
—Soy juez.

Julia se irguió ligeramente como si aquella palabra por sí sola invocase una especie de autoridad. Sonrió para relajar la sorpresa.

5 — Debe de ser muy interesante..., lo de ser juez, quiero decir.  
Carlota arqueó las cejas<sup>1</sup>. [...]

—Según como se mire. Interesante es, no cabe duda<sup>2</sup>, pero no siempre agradabile.

—Me imagino... eso de juzgar, dictar sentencias, tratar con delincuentes.  
10 —No solo trato con delincuentes, también trato con víctimas.

—No sé por qué, pero cuando pienso en un juez siempre me imagino a un señor con toga muy serio y muy mayor... Será porque no he tenido que acudir nunca a un juzgado<sup>3</sup>, ni como víctima ni como delincuente.

Carlota la miró con un ademán benevolente<sup>4</sup>.

15 —Desde hace unos años somos muchas las mujeres en el mundo de la judicatura<sup>5</sup>, y no solo jueces, también hay muchas fiscales y forenses<sup>6</sup>.

—De lo que tú decidas puede depender el futuro de gente... Qué carga de responsabilidad... Yo sería incapaz [...].

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

20 —¿Yo? — Julia miró a su hermana y sonrió lacónica- Si te digo la verdad, no lo sé muy bien. Hace unos años hubiera contestado que a mis labores<sup>7</sup>, pero hoy suena tan despectivo como antes lo de ser una solterona<sup>8</sup>.

—Lo importante es estar a gusto con lo que cada uno haya elegido.